

MODALIDADES AMATORIAS EN HESÍODO: HETEROSEXUALIDAD, INCESTO, CASTRACIÓN Y ZOOFILIA (I)

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Como señala Claude Mossé “hablar de la sexualidad de las mujeres en la Grecia antigua no es tarea fácil, ya que tenemos que contentarnos con captarla a través del discurso de los hombres”¹. Las descripciones masculinas de los comportamientos femeninos ligados a la sexualidad son, en realidad, juicios fuertemente condicionados por una ideología que no reconocía a las mujeres el derecho a la sexualidad. La propia terminología referente a la homosexualidad femenina *ἐταιρίστρια, τρίβας* contenía ya un carácter peyorativo y negativo en la consideración de la mujer. El verbo *τρίβειν* “frotar, restregar” alude a la masturbación y desde muy pronto se asoció con la homoerótica femenina el uso de instrumentos fálicos no sólo para la autoestimulación sino también para la práctica del coito artificial mediante penes postizos con los que ciertas mujeres se penetraban mutuamente². Además, la mayoría de las escenas eróticas de la ceramografía griega son probablemente fantasías masculinas, más que indicaciones de las actividades sexuales preferidas por las mujeres. No obstante, las griegas de entonces no estaban condenadas a ignorar los placeres de Afrodita, ni siquiera junto a sus esposos.

Pero será mejor que fijemos antes qué entendemos por sexualidad, ya que la terminología amorosa por lo general suele ser muy confusa³. Dentro de la terminología erótica convencional, en la que relacionamos conceptos y voces que no se corresponden siquiera con lo que describen o pretenden describir, observamos la ausencia de modalidades amatorias que se apartan sensiblemente o no de la preceptiva oficial, hasta el punto de que los diccionarios no recogen ni documentan sus respectivas entradas. Tal es el caso de los términos *zoofilia* y *animalismo*, ausentes la mayoría de las veces de

¹ Cf. “La sexualidad de la mujer griega: época arcaica y clásica”, en A. Pérez Jiménez – G. Cruz Andreotti (eds.), *Hijas de Afrodita: la sexualidad femenina en los pueblos mediterráneos*, Madrid, 1996, pp. 35-46, especialmente la p. 45.

² Cf. J. F. Martos Montiel, *Desde Lesbos con amor: homosexualidad femenina en la antigüedad*, Madrid, 1996, específicamente el capítulo V, pp. 67-102.

³ Cf. G. Santana Henríquez (ed.), *La palabra y el deseo. Estudios de literatura erótica*, Las Palmas de Gran Canaria, 2002, especialmente las pp. 25-36. También del mismo autor “Lesbiazo: la manipulación de textos griegos relativos a la mujer”, *Philologica Canariensis*, 8-9, 2002-2003, pp. 545-560.

tales documentos lexicográficos y circunscritos a una esfera muy particular, la de las aberraciones y desviaciones *contra natura* de una supuesta y más que dudosa conducta sexual determinada. La confusión terminológica es tal que la *zoofilia* suele definirse como “el amor a los animales”, explicación cuando menos desafortunada, pues, no deben considerarse zoofílicas a aquellas personas que conviven en sus casas con perros, gatos, pájaros o cualquier otro animal de compañía. Otro vocablo que suele acompañar a esta definición es el de *zoerastia*, esta vez para referirse al trato sexual con animales. Incluso se acompañan como sinónimas las voces *bestialidad*, relación de un ser humano con una bestia, y *sodomía*, definida a partir de la ciudad bíblica de Sodom, como el coito anal especialmente entre varones, con entradas tales como la pederastia, la lujuria con animales, la bestialidad y la homosexualidad masculina. En este *totum revolutum* se aprecia las diferentes ideologías que marcan la concepción de los diccionarios.

Desde un punto de vista biológico, la sexualidad se refiere al conjunto de características anatómicas y fisiológicas que caracterizan a cada sexo. Aunque para nuestro tema quizá haya que explicarla como el conjunto de prácticas y comportamientos relacionados con el placer sexual y la reproducción. Hace ya más de una década, el profesor Martínez Hernández⁴ señalaba la proliferación y desarrollo en nuestro país de la literatura erótica, sobre todo a partir del cambio de régimen político que experimentó España después de 1975. Ese *boom* de la narrativa erótica propiciado por la democracia hizo que editoriales como Tres Catorce Diecisiete, Akal, Tusquets o Temas de Hoy comenzaran a publicar los títulos más relevantes de los clásicos eróticos extranjeros, constituyendo a la vez colecciones como *La sonrisa vertical* de la editorial Tusquets o la *Biblioteca Erótica* de ediciones Temas de Hoy, cuyo fin pretendía ofrecer al lector una selección de obras clásicas y modernas sobre el universo de la sensualidad, el placer y el erotismo.

Entre las características más sobresalientes del erotismo literario griego habría que destacar, entre otras, su fuerte vinculación con la religión y el culto, su riqueza léxica (ochenta denominaciones para el órgano sexual femenino, ciento ocho para el masculino, innumerables verbos para expresar las relaciones sexuales), su ausencia de rudeza y mal gusto, su desigual distribución geográfica y el papel tan elevado que juega la mujer griega antigua como autora de obras pornográficas (Astianasa, esclava de Helena, fue la primera, al parecer, en componer una obra sobre las posiciones en el amor; Filénide fue autora de un libro sobre las posturas eróticas, pues Suetonio en la *Vida de Tiberio* indica que este emperador en su retiro de Capri tenía sus aposentos equipados con los libros de esta autora para que todo el mundo tuviera a su disposición un modelo de postura a tomar en las relaciones sexuales; Pánfila, autora de un libro titulado *Los placeres del amor*). Realmente la literatura erótica griega comprende todos aquellos fenómenos relacionados con los términos ἔρως y ἐρωτικός, es decir, el amor en su más amplio

⁴ Cf. “Temas actuales de cultura clásica: la literatura erótica”, en A. Guzmán, F. J. Gómez Espelosín, J. Gómez Pantoja (eds.), *Aspectos modernos de la Antigüedad y su aprovechamiento didáctico*, Madrid, 1992, pp. 97-117. También puede verse M. Brioso Sánchez y A. Villarrubia Medina (eds.), *Consideraciones en torno al amor en la literatura de la Grecia antigua*, Sevilla 2000.

sentido, tanto si se le relaciona con el sexo, la pornografía y la obscenidad, como si se le considera en su aspecto más espiritual y bellamente expresado.

El erotismo es a la sexualidad lo que la gastronomía al hambre, lo que la frase al grito, el teatro al gesto y la moda al taparrabos: una actividad cultural, la satisfacción elaborada de una necesidad instintiva⁵. El mercado está lleno de libros acerca de técnicas para alcanzar el orgasmo, el placer, para obtener mayor goce o satisfacción. Basta con entrar en una tienda o supermercado y se despliega una amplia oferta sobre posiciones, orgasmos múltiples, encuestas, estadísticas y técnicas orientales, filipinas o jamaicanas. Estos manuales pretenden enseñar las técnicas del amor, pero casi todos adolecen de un defecto: olvidan el aspecto emocional. El erotismo no es sólo una técnica, como el yoga o la gimnasia sueca. En la imaginación un cuerpo se transforma en objeto de deseo, destacándose, sobresaliendo entre los demás. La traslación, mecanismo característico de lo simbólico, es decir, de la fantasía y del arte, ha dibujado un escenario vastísimo de objetos circundantes que el deseo y la emoción transfiguran en fálicos: la corbata (que pende emblemáticamente y se exhibe, es y no es el sexo), el sombrero (se cepilla, expresión vulgar que vale para acostarse con una mujer), la estilográfica (fina y larga, gruesa o corta, brillante u opaca, a la que en ocasiones, en un exceso narcisístico, se le agregan las iniciales particulares), la motocicleta (potente, ornamentada), el lápiz, la serpiente, el obelisco (no hay ciudad que se precie que no lo erija), el misil, el cigarrillo, etc. Todos estos símbolos coinciden en su carácter externo, llamativo y prepotente, cualidades atribuidas al miembro viril. El sexo de la mujer, en cambio, mucho menos visible que el del hombre, no se presta tan fácilmente a analogías sencillas, y según Freud de aquí proviene la fantasía infantil de que la mujer está castrada y no tiene sexo. Así el sexo femenino ha sido simbolizado como la rosa de innumerables pétalos, la araña que oculta su vientre bajo una cubierta de pelos, el melocotón de dos mitades simétricas unidas por un centro, el higo meloso, el mar.

La actividad sexual es común a los hombres y a los animales, pero sólo aquéllos hicieron de la sexualidad una actividad erótica, es decir, una investigación o búsqueda psicológica independiente del fin natural de la reproducción. Sólo en el género humano el sexo se transformó en cultura, porque lo que caracteriza al erotismo es la búsqueda y elección de un objeto de deseo particular, que nos expresará a nosotros mismos más aún que al objeto en sí. El erotismo es una libido encarnada en un objeto. Cuando la libido aún no ha encontrado su objeto produce angustia. El inconsciente desempeña un papel decisivo en la encarnación objetual del deseo. No es raro que la atracción recaiga no sobre una cualidad sino sobre un defecto o tara. El amado no puede explicar su atracción por el objeto amado más que de una manera vaga y confusa, o con una serie de banalidades aplicables a cualquier otra persona. Se trata de la elección subjetiva del objeto del deseo, que no tiene que ver necesariamente con los valores objetivos, ni con los individuales ni con los sociales. En la actividad sexual de los animales no se puede encontrar el equivalente a la elección del objeto erótico. Se trata de una actividad instintiva. El erotismo, en cambio, es intensamente subjetivo, tiene lugar preferentemente

⁵ Cf. C. Peri Rossi, *Fantasías eróticas*, Madrid, 1991, pp. 39-41.

en el arte y en la literatura, que son los espacios de configuración de los sueños⁶, de los deseos reprimidos, de las fantasías irracionales. Está presente en las obras escritas y gráficas de las más antiguas y diversas culturas, con espacios dedicados al ejercicio de la sexualidad: incestos, adulterios, homosexualidad, prostitución, etc.

La diferencia entre sexualidad y erotismo no existía para nuestros antepasados más remotos. El instinto se satisfacía de manera espontánea, como el hambre o la necesidad de cobijo. El erotismo es una elaboración cultural posterior al descubrimiento del sílex, del fuego, y posiblemente sus orígenes deben remontarse a las primeras religiones constituidas, ya que éstas en términos antropológicos, son también los primeros sistemas de fantasías organizadas. Nuestros antepasados jugaban con sus genitales, se masturbaban y se acoplaban guiados por el instinto sexual, cuya relación con la procreación debió surgir con posterioridad, fruto de la observación y de la deducción. La biología parece confirmar este aserto: si a partir de los primeros meses de edad los bebés son capaces de experimentar sensaciones agradables de carácter erótico con caricias, juegos y otros estímulos, y a partir de los seis meses pueden masturbarse, en cambio, ignoran el origen sexual de la vida humana. Es un saber que deben aprender, como a sumar o a restar. En el hombre primitivo esta ignorancia acerca de la reproducción dio lugar a todo tipo de fantasías. Las fantasías son producto de la imaginación que explican o representan aquello que ignoramos, desconocemos o no encuentra respuesta suficiente. En ciertas tribus de la Polinesia las mujeres creen que quedan embarazadas a través de sus frecuentes inmersiones en el mar, al no haberse establecido la relación entre el coito y la reproducción.

Hesíodo, como pastor del Helicón a quien visitan las Musas y lo convierten en aedo, suele situarse cronológicamente entre la segunda mitad del siglo VIII y el primer cuarto del siglo VII a.C.⁷ De padre comerciante, originario de Asia Menor, al parecer mantuvo un pleito por la herencia de su padre con su hermano Perses, mostrándose como miembro de una clase media industrial y mercantil que comienza a pedir derechos a la aristocracia. Este poeta campesino acusa en sus obras un influjo oriental (*Mito del reino celeste*, *Canción de Ullikummi*, *Enuma Elis*) cuyas concomitancias se han señalado oportunamente dentro de la composición de los poemas hesiódicos, bien como poesía oral pura, bien como género indisolublemente unido a la existencia y el uso normal de la escritura (cuyos primeros soportes debieron ser tablillas de madera o pieles de animales). El texto de Hesíodo, como tantos otros, se vio afectado por los criterios de una selección que incluía la *Teogonía*, los *Trabajos* y el *Escudo*⁸.

Para un lector moderno, la *Teogonía* supone un enorme catálogo de nombres, genealogías, escasos mitos y digresiones cuyo gran sentido es la divinización del mundo que nos rodea, la personificación de los fenómenos y actividades que implican el éxito

⁶ Cf. L. Gil, *Oneirata. Esbozo de onirotipología cultural grecorromana*, Las Palmas de Gran Canaria, 2002, especialmente el capítulo II. *Los ensueños eróticos*, pp. 25-31.

⁷ Cf. *Hesíodo. Obras y fragmentos*, introducción, traducción y notas de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez, Madrid 1983. Las referencias al cantor de Beocia siguen esta edición.

⁸ Cf. E. Padorno – G. Santana Henríquez (eds.), *La Antología literaria*, Las Palmas de Gran Canaria 2001, especialmente las pp. 55-116.

y el fracaso, la alegría y el dolor, en una palabra, la vida humana. El estricto orden del universo es la clave religiosa de esa armonía y radica en el triunfo total del bien sobre el mal, de lo justo sobre lo injusto: Urano es malvado y violento, por lo que encuentra su castigo a manos de Cronos. Éste a su vez también es cruel y tiránico y Zeus castigará su pecado. Pero Zeus es todo orden y justicia y en consecuencia su soberanía será eterna. La *Teogonía* se presenta, pues, como el poema de los dioses y en su evolución Hesíodo se muestra optimista. El mito de las sucesiones implica un proceso progresivo desde el Caos hasta el orden perfecto sancionado por la justicia de Zeus.

Un primer encuentro amoroso se indica implícitamente entre Zeus y Mnemósine a propósito del nacimiento de las Musas:

“Las alumbró en Pieria, amancebada con el padre Crónida, Mnemósine, señora de las colinas de Eleuter, como olvido de males y remedio de preocupaciones. *Nueve noches* se unió con ella el prudente Zeus subiendo a su lecho sagrado, lejos de los Inmortales. Y cuando era ya el momento y dieron la vuelta las estaciones, con el paso de los meses, y se cumplieron muchos días, *nueve jóvenes* de iguales pensamientos, interesadas sólo por el canto y con un corazón exento de dolores en su pecho, dio a luz aquélla, cerca de la más alta cumbre del nevado Olimpo” (vv. 53-63).

La simbología del número nueve, presente en el número de noches en los que se ayuntan las divinidades y en el fruto de dicha unión, las nueve musas, como emblema sexual, nos lleva a pensar inmediatamente en la película interpretada por M. Rourke y Kim Basinger, *Nueve semanas y media*, cuya carga erótico-sensual ha sido ampliamente reseñada por la crítica especializada. El nueve, como potenciación del tres, también se recoge de manera oculta en el paso de los meses (nueve) que darán lugar al nacimiento. Además, el nueve era el símbolo de la verdad amén de representar el número por excelencia de los ritos medicinales al mostrar la triple síntesis, es decir, la ordenación de cada plano (corporal, intelectual, espiritual)⁹.

De manera sutil se nos explicita cómo nacieron el Éter y el Día:

“Del Caos surgieron Érebo y la negra Noche. De la Noche a su vez nacieron el Éter y el Día a los que alumbró preñada en contacto amoroso con Érebo” (vv. 124-126).

Este “contacto amoroso” entre la Noche y Érebo parece reproducir una escena de sexualidad heterosexual, al concebirse estas dos entidades como hembra y varón respectivamente. Además, estaríamos asistiendo, según la mitología griega, a un caso de incesto, pues Érebo es hermano de la Noche. Hasta Homero no aparece la descripción

⁹ Cf. J. Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, 1969, p. 342 y J. A. Pérez-Rioja, *Diccionario de símbolos y mitos*, Madrid, 2003, pp. 319 y 405-406.

de Érebo como lugar de prisión o expiación subterránea, situada debajo de los Campos Elíseos. La idea de Érebo como lugar de suplicio se irá perfilando con posterioridad al poblarse de seres de varias especies y donde horribles báratros le daban acceso desde la superficie de la tierra.

Un ardid tramado por Gea y sus hijos, especialmente por Cronos, nos introduce en el famoso mito de la castración de un antropomorfo Urano:

“Puso en sus manos una hoz de agudos dientes y disimuló perfectamente la trampa. Vino el poderoso Urano conduciendo la Noche, se echó sobre la tierra ansioso de amor y se extendió por todas partes. El hijo, saliendo de su escondite, logró alcanzarle con la mano izquierda, empuñó con la derecha la prodigiosa hoz, enorme y de afilados dientes, y apresuradamente segó los genitales de su padre y luego los arrojó a la ventura por detrás. No en vano escaparon aquellos de su mano. Pues cuantas gotas de sangre salpicaron, todas las recogió Gea. Y al completarse un año, dio a luz a las poderosas Erinias, a los altos Gigantes de resplandecientes armas, que sostienen en su mano largas lanzas, y a las Ninfas que llaman Melias sobre la tierra ilimitada. En cuanto a los genitales, desde el preciso instante que los cercenó con el acero y los arrojó lejos del continente en el tempestuoso ponto, fueron luego llevados por el piélago durante mucho tiempo. A su alrededor surgía del miembro inmortal una blanca espuma y en medio de ella nació una doncella. Primero navegó hacia la divina Citera y desde allí se dirigió después a Chipre rodeada de corrientes. Salió del mar la augusta y bella diosa, y bajo sus delicados pies crecía la hierba en torno. Afrodita la llaman los dioses y hombres, porque nació en medio de la espuma, y también Citerea, porque se dirigió a Citera. Ciprogénea, porque nació en Chipre de muchas olas, y Filomédea, porque surgió de los genitales” (vv. 175-200).

La emasculación sufrida por Urano, análoga a la experimentada por Anu en el *Mito del reino celeste* por parte de Kumarbi, nos muestra a la víctima que ansiosa de amor y suponemos que en estado de total erección es agarrado por Cronos que acto seguido corta con la hoz de afilados dientes los órganos sexuales de su aborrecido progenitor. El símbolo de la hoz se presenta aquí de manera ambivalente, pues expresa por un lado, la destrucción y la muerte, y por otro, el nacimiento y la creación. De hecho, la pérdida de la virilidad de Urano supone el nacimiento de su hija más bella, Afrodita, uno de cuyos nombres, Filomédea recuerda su increíble origen. El fenómeno de la castración encuentra testimonios históricos de determinados personajes como el emperador Nerón. Suetonio después de decirnos que mantuvo relaciones homosexuales con jóvenes romanos de buena familia, nos relata: “Hizo cortar los testículos a un joven llamado Esporo para transformarlo así en mujer y, tras hacerlo conducir a su palacio con la dote y el velo nupcial y acompañado por un numeroso cortejo, de acuerdo con el consabido ritual matrimonial, lo tomó por esposa. Se recuerda todavía la aguda ironía de un testigo de tales hechos que dijo que hubiera sido un gran bien para la humanidad si Domicio, el

padre de Nerón, se hubiera casado con una mujer semejante”¹⁰. También son conocidas las prácticas de los sacerdotes de Cibele que en sus ritos iniciáticos solían emascularse para tener un contacto más cercano a la divinidad. Estos cultos orientales se divulgaron ampliamente durante los dos primeros siglos del Imperio. Afrodita, por su parte, simboliza el instinto propagador de la especie. De ahí que sea la diosa representativa de la belleza, del amor y del placer, reuniéndose en ella una bien dosificada mezcla de sensualidad y armonía, de serenidad e insinuación voluptuosa. Como diosa del amor se le consagra el mirto, la rosa y la manzana, y entre los animales, los de más acusado instinto amoroso (el carnero, el macho cabrío, la liebre, la paloma, etc.).

El catálogo de las mujeres o Eeas, como continuación natural de la *Teogonía*, se abre con un supuesto caso de zoofilia¹¹:

“Anunciad (Musas, las ínclitas razas de todas las mujeres) a cuyo lecho se unió (Zeus olímpico de ancha mirada) *sembrando sus (más grandes semillas, a un toro semejante)*,” (vv. 17-19).

Historias de ambientes rurales nos informan de actos sexuales extraordinarios entre humanos y animales de corral: gallinas, vacas, perros, gatos, etc., quizás aberrantes y extraños ante nuestros ojos pero usuales desde la prehistoria a tenor de esta fusión entre lo posible y lo deseable, entre la realidad y la fantasía, entre pulsiones diferentes pero convergentes. Los mitógrafos de época cristiana consideraban todas estas uniones como actos de libertinaje, y los antiguos observaban que muchas de estas cópulas se habían desarrollado bajo formas animales. Estas rarezas eran a menudo objeto de indignación por lo que trataban de darles una explicación simbolista. Una explicación que los antiguos daban de las metamorfosis del dios se refería precisamente al deseo de ocultarse de su esposa, fabulación tardía posterior a las leyendas de metamorfosis, de las que también participaban sus amantes (Ío en vaca, Calisto en osa, etc.).

Uno de los primeros casos de unión entre Zeus y una mortal es el de Europa, hija de Agenor y Telefasa. Zeus vio a Europa cuando estaba jugando con sus compañeras en las playas de Sidón donde reinaba su padre. Inflamado de amor por su belleza se metamorfoseó en un toro de resplandeciente blancura y cuernos semejantes a un creciente lunar; con esta forma fue a tumbarse a los pies de la doncella. Ésta, asustada al principio, va cobrando ánimo, acaricia al animal y acaba por sentarse en su espalda. En seguida, el toro se levanta y se lanza hacia el mar. A pesar de los gritos de Europa que se aferra a sus cuernos, se adentra en las olas y se aleja de la orilla; de este modo llegan los dos a Creta. En Gortina Zeus se une a la joven junto a una fuente y bajo unos plátanos que, en memoria de estos amores, obtuvieron el privilegio de no perder jamás sus hojas. Europa tuvo con Zeus tres hijos: Minos, Sarpedón y Radamantis. El soberano olímpico le correspondió con tres regalos: Talo, el autómatas de bronce que custodiaba las costas

¹⁰ Cf. A Cuatrecasas, *Eros en Roma (a través de sus clásicos)*, Madrid, 1993, p. 129.

¹¹ Cf. P. Leveque, *Bestias, dioses y hombres. El imaginario de las primeras religiones*, Huelva 1997.

cretenses, un perro que no podía dejar escapar ninguna presa, y una jabalina de caza que jamás erraba el blanco. Posteriormente Europa se casó con el rey de Creta, Asterión, que no teniendo hijos adoptó a los de Zeus. El toro cuya forma había adoptado Zeus se convirtió en una constelación y fue colocado entre los signos del zodiaco.

La correspondencia del sistema milenario que presentaba a un enorme bóvido dotado de poderosos cuernos en unión de una mujer o madre fecundadora parece encontrar perfecto correlato en este episodio mítico. Numerosos toros lunares y solares recorren todas las mitologías del Próximo Oriente (el védico Suryâ, el egipcio Apis, etc.). Además, la propia palabra que define al animal, ταῦρος contiene una carga polisémica que reitera y enfatiza su vertiente sexual. Lexicógrafos y diccionarios antiguos como el Pollux (s.II), Hesiquio (s.V), La Suda (s.XII), nos proporcionan explicaciones harto significativas de este hecho. En el primero se identifica el término con la entrada κωχώνη “ano”, mientras que el segundo documenta la expresión γυναικεῖον ἀδῶϊος “partes pudendas de la mujer”; por último, La Suda da como sinónimo el vocablo πέος con el sentido de “pene”. De modo que la propia esencia de la palabra señala el poder generador del toro presente en πέος (falocracia) a la par que la relación de bestialismo en la figura fecundadora de la gran madre ἀδῶϊος (vagina de la mujer).

Casi todas las mitologías son ricas en historias de acoplamientos entre animales y seres humanos. Algunas como la griega inventaron criaturas de doble naturaleza, animal y humana al mismo tiempo: centauros, arpías, sirenas, esfinges, sátiros, etc. A pesar de la existencia de estas criaturas de doble naturaleza, una estrategia muy común para copular con alguien que se resistía consistía en transformarse en animal. Muchas de las metáforas que se emplean habitualmente para hablar de la potencia sexual masculina hacen referencia al mundo animal: ser un gallito; estar como un toro; etc. De hecho, en las fantasías que suelen acompañar al acto sexual, algunos hombres han confesado que experimentan el deseo de gritar como un gallo, o de golpearse el pecho como un gorila. Es precisamente en nuestro comportamiento instintivo en lo que nos parecemos a los animales; al igual que gorilas, osos y aves huimos ante el peligro, tenemos hambre, defecamos, nos acoplamos. La interdicción de establecer relaciones sexuales con los animales es de carácter cultural y debió nacer justamente para acentuar la frontera entre hombres y bestias. Lo claro es que casi todas las culturas lo consideraron una perversión, y que una ley no escrita los vedó como objetos del deseo. ¿Por qué esta reiterada presencia en la mitología y el arte, es decir, en el espacio de las fantasías, de los deseos no realizados? Sin duda porque allí donde la ley, las costumbres o la religión impiden algo, el deseo se refuerza. Sabido es que las dificultades aumentan el deseo de los conquistadores: cuantos más obstáculos hay que vencer, más valiosa será la conquista, el placer de transgredir la voluntad de la mujer y el placer de obtener lo prohibido.

En cada uno de nosotros hay un tipo terrible, salvaje y desenfrenado de deseos. Como si se despojara de todo escrúpulo, pudor y cordura, el hombre cuando sueña no se abstiene, ni de unirse a su propia madre, ni de mancillar de cualquier forma a hombres, dioses y animales. De ahí la obligación del sabio antes de acostarse de sosegar la parte irascible y concupiscible del alma, y de poner en tensión al propio tiempo la racional, para que ésta, mientras reposan las otras, pueda contemplar algunas de las verdades presentes, pasadas o futuras.